

RESTOS DE CIUDAD

En muchas ciudades hay rincones donde el olvido se hace protagonista, pedazos o fragmentos que han quedado aislados o desconectados de la realidad urbana; Caracas... sirve de perfecto ejemplo.

Cuando un recodo sirve únicamente para albergar basura, las islas vehiculares tienen formas intrincadas donde solo la grama tiene lugar, los elevados, retiros, salidas de metro y quebradas dejan espacios que se manifiestan como una interrogante; estamos siendo testigos de un espacio residual. Palabra que en principio puede sonar engañosa, ya que parece referirse a aquello que quedó, pero la verdad es que el espacio residual pudo haber estado ahí antes que cualquier otra cosa. Son las intervenciones que ocurren a sus alrededores las que terminan por dejarlos de lado al no tomarlos en cuenta, quedando así irresolutos, incongruentes; obstáculos en medio de la ciudad.

Espacios como estos han sido también llamados intersticiales, haciendo referencia a los vestigios que pueden quedar entre otras cosas, generalmente entre volúmenes. Precisamente el término nos conecta con una característica que parece ser intrínseca de estos espacios, la predominancia del vacío. En la resistencia que ofrecen a ser ocupados, por sus formas extrañas o pobres condiciones espaciales, estos tienden a permanecer vacíos o ser conquistados por estructuras efímeras o temporales.

Parece racional pensar que luego de ser ocupados pasan de ser excedentes a formar parte de otra cosa, como la isla de tráfico que con bancos y esculturas parece haber cambiado de carácter. Pero en la mayoría de los casos los intentos por incorporar estos espacios a una lógica urbana que les permita generar una empatía con los ciudadanos resultan poco fructíferos. Ya que las condiciones que dificultan su habitabilidad vienen dadas por las mismas particularidades que los constituyen, generalmente desde el contexto inmediato y no desde sí mismos.

Para ilustrar esta situación podríamos pensar en los espacios que rodean a Plaza Venezuela, aunque estos han pasado por innumerables remodelaciones, es muy difícil pensar que van a ser ocupados por los visitantes mientras no se

debilite su condición de isla. Otros casos, como el del elevado de la Avenida Urdaneta, ha constituido un techo para los libros pero se mantiene en un constante estado de precariedad con estructuras temporales que no terminan de transformar el espacio y parecen ocuparlo por ser ese su último recurso.

Para hacerlo aún más claro podemos pensar en nuestras propias casas. De seguro en todas ellas encontraremos espacios residuales donde se colocan esos objetos que están a medio camino entre adornos y desechos, esos que algunos familiares quieren guardar y otros botar. Siempre hay rincones que llevan mesas en las que nadie apoya nada, plantas que no reciben luz o la cesta de ropa sucia que no puede faltar. En fin, sirvámonos de estos ejemplos para comenzar a ver la ciudad con otros ojos y darnos cuenta de la cantidad de espacios de incertidumbre que nos tropezamos día a día; hacer este ejercicio nos permitirá evidenciar todo lo que está aún por hacerse.

Finalmente es necesario darse cuenta que el mobiliario, los tratamientos de piso y la vegetación, son insuficientes para cambiar el estado residual de los espacios. Cualquier intervención que se proponga disolver su condición intersticial debe afectarlos más allá del perímetro, alterando las particularidades del contexto que impiden que estos espacios sean asimilados positivamente por la dinámica urbana. En otras palabras, permitir que sus habitantes se conviertan en ocupantes al sentir empatía por estos espacios que hoy en día son solo... restos de ciudad.